

La parábola de los pescadores sin peces

por John M. Drescher pastor Menonita, autor de *“Testimony of Triumph”*, *“Meditations for the Newly Married”*, *“What Should Parents Expect?”* y otros libros.

Había una vez un grupo de personas que se llamaban a sí mismos pescadores. Y he aquí que había muchos peces en el agua a sus alrededores. De hecho, toda el área estaba rodeada de ríos y lagos llenos de peces, y los peces estaban hambrientos.

Semana tras semana, mes tras mes, y año tras año, estos llamados pescadores se reunían para conversar acerca de su llamado a la pesca, la abundancia de peces, y de las técnicas de pescar. Año tras año cuidadosamente definían lo que era la pesca, defendiendo la pesca como una profesión, y declarando que la pesca siempre sería la ocupación principal de un pescador.

Continuamente investigaban nuevos y mejores métodos de pesca y nuevas y mejores definiciones acerca de la pesca. Es más, decían que “la industria pesquera existía para la pesca así como el fuego existía para quemar”. Les encantaba frases tales como: “La pesca es la obra de cada pescador”, “Cada hombre de pesca es un pescador”, y “Cada pescador tiene su lugar en el club de pesca”. Patrocinaron reuniones especiales llamadas “Campañas de pesca” y “El mes del pescador para la pesca”. Patrocinaron, además, costosos congresos nacionales y mundiales para discutir la pesca, promover la pesca y para escuchar acerca de todas las formas de pescar tales como nuevos equipos, anzuelos, y si alguna nueva carnada había sido descubierta.

Estos pescadores edificaron gigantescos y hermosos edificios llamados “Jefaturas de Pesca”. La súplica era que cada uno debiera ser un pescador y cada pescador debía pescar. Una cosa, sin embargo ellos no hacían, pescar.

En adición a las reuniones regulares organizaron juntas para enviar pescadores a otros lugares donde había muchos peces. Todos los pescadores parecían estar de acuerdo en que lo que necesitaban eran juntas para desafiar a los pescadores a ser fieles a la pesca. Las juntas fueron formadas por aquellos que tenían la gran visión y el valor de hablar acerca de la pesca, definir la pesca, y promover la idea de pescar en corrientes lejanas donde vivían muchos peces de diferente color.

También la junta empleó personal, designó comités, tuvo muchas reuniones para defender la pesca y decidir sobre qué nuevas corrientes enseñar. Pero el personal y los miembros de la junta no pescaban.

Construyeron grandes, costosos y elaborados centros de entrenamiento cuyo propósito primario era enseñar a los pescadores a pescar. A través de los años se ofrecieron cursos sobre la necesidad de pescar, la naturaleza de los peces, las reacciones psicológicas de los peces, y cómo acercarse y alimentar un pez. Los que enseñaban poseían doctorados en ictiología. Pero los maestros no pescaban. Año tras año, después de un tedioso entrenamiento, muchos graduaron y se les concedió licencias de pesca. Se los envió tiempo completo a pescar, algunos a aguas distantes, que estaban llenas de peces.

Otros dedicaron la mayor parte de su tiempo a viajar y a aprender la historia de la pesca, y a visitar lugares lejanos donde otros pioneros realizaron grandes pescas en los siglos pasados. Ellos ensalzaron a los fieles pescadores de antaño que tuvieron la idea de pescar.

Es más, los pescadores construyeron grandes casas impresoras para publicar guías de pesca. Las prensas estuvieron ocupadas día y noche produciendo materiales exclusivamente dedicados a los métodos de pesca, equipos, y programas para organizar reuniones para hablar acerca de la pesca. También se creó una oficina especial de citas para arreglar el horario de los oradores en materia de pesca.

Muchos que sintieron el llamado a ser pescadores respondieron. Fueron comisionados y enviados a pescar. Pero como los pescadores de la oficina central, nunca pescaron, se enredaron en toda clase de ocupaciones diferentes. Construyeron plantas eléctricas para bombear agua, y tractores para abrir nuevos canales de agua. Fabricaron toda clase de equipos para viajar de aquí para allá para observar los criaderos de peces. Algunos también dijeron que les gustaría ser parte del equipo de pescadores, pero que habían sido sentido el llamado a proveer equipos de pesca. Otros sintieron que su trabajo era relacionarse con los peces de tal manera que estos supieran distinguir entre los buenos y los malos pescadores. Otros sintieron que su deber era simplemente dejar saber a los peces que ellos eran buenos vecinos terrestres y eso era suficiente.

Después de una agitada reunión sobre “La necesidad de pescar”, un joven dejó la reunión y se fue a pescar. Al siguiente día informó que había pescado dos tremendos peces. Fue honrado por su honorable pesca, y se le asignó la tarea de visitar todas las reuniones posibles para contar como lo hizo. Así que dejó de pescar para tener tiempo para relatar su experiencia a otros pescadores. También se lo nombró como miembro del Concilio General de Pescadores por ser una persona de considerable experiencia.

Ahora, es cierto que muchos pescadores se sacrificaron y enfrentaron toda clase de dificultades. Algunos vivieron cerca del agua y tuvieron que soportar cada día el olor a pescados muertos. Fueron ridiculizados por algunos que se burlaban de sus clubes de pesca y del hecho que decían ser pescadores y nunca pescaban. Se preguntaban acerca de los que semanalmente acostumbraban asistir a las reuniones a hablar de pesca y del poco sentido que eso tenía. Después de todo, ¿estaban ellos siguiendo la orden del Maestro que dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres?”

Imagínese cuán herido se sintieron algunos cuando un día alguien sugirió que aquellos que no habían pescado ningún pez, no eran pescadores, sin importar cuanto reclamaban serlo. Pero estaba en lo correcto. ¿Es alguien un pescador si año tras año nunca atrapa un pez? ¿Está alguno siguiendo la orden si nunca pesca?

Este artículo apareció primero en “Church Growth American Magazine”, Sep-Oct 1978. Más tarde en “Issue Eighteen”, 1983.